

### INTERLUDIO 3. LA MÍSTICA DE LA MAMPARA

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

Me pide Ricardo Becerra unas notas sobre la democracia en México, me dice: sobre la democracia “realmente existente”. Y lo primero que pienso es que la broma tiene miga. Porque es verdad que en nuestro espacio público, cuando se habla de la democracia se hace con la misma reserva, con la misma actitud escéptica, casi resignada, con que se hablaba del régimen soviético –o parecida–. Significa que tenemos muy claras las limitaciones de nuestro sistema político. Pero significa también que tenemos una imagen ideal de la democracia, lo bastante clara para servir como término de referencia. Vale la pena reparar en ella, no es trivial.

Esa imagen, nunca del todo explícita, explica buena parte del diseño de las instituciones políticas, y explica también ese impreciso desencanto con la transición del cambio de siglo. El problema no es que el ideal sea excesivo, todo ideal es excesivo, imposible de realizar, sino que produce una forma muy característica de insatisfacción, acaso irremediable.

Es posible reconstruir, a grandes rasgos, la imagen ideal de la democracia, sobre todo a partir de las quejas que inspira el funcionamiento de la democracia “realmente existente”. Me llama la atención en particular un rasgo. Para nuestra idea, no se trata sólo de votar, y que los votos se cuenten, sino de una manera de votar. En las elecciones que imaginamos, individuos racionales, conscientes, responsables, bien informados sobre las alternativas, los programas, toman una decisión absolutamente personal, con entera libertad. Todo lo que se aleje de ese modelo nos parece por lo menos sospechoso, si no fraudulento. Ya no se trata de que no se cuenten correctamente los votos, sino que el proceso por el que se llega a votar está viciado: porque los votos han sido inducidos por la televisión, porque han sido comprados, porque obedecen a una lógica corporativa, clientelar, porque son producto de la ignorancia. Y nos quejamos, en eso consiste el desencanto de nuestras elites, de que no hay ciudadanos –y por eso esta democracia es triste–.

La mampara que se instala en las casillas electorales es la representación material más exacta de esa idea de la democracia. Resguarda el momento en que a solas con su conciencia el individuo hace su elección, cruza una boleta. Pero el resto de las precauciones legales están pensadas con el mismo propósito, que los individuos lleguen cada uno por su cuenta a la casilla, bien informados, conscientes todos de sus intereses, de las opciones, y que decidan sin ninguna otra presión.

Esa idea del voto está implícita en la justificación del arreglo institucional, porque es la manera más sencilla de procesar las decisiones colectivas, y la única que nos parece convincente, porque en el plano normativo no hay otro apoyo posible para el sistema democrático, más que los derechos individuales. En el lenguaje moral al que estamos acostumbrados, las decisiones mayoritarias son legítimas, siempre que se respete el criterio de un hombre, un voto. Adicionalmente, la imagen nos resul-

ta verosímil porque se corresponde con la antropología neoliberal, que configura el sentido común de nuestro tiempo.

Ahora bien, aunque la idea sea necesaria en esos términos, es muy inexacta como explicación del voto. Es claro que no se vota así. Y todos sabemos que no se vota así, que esa escena originaria del individuo responsable e informado que decide en soledad, según sus intereses, es una fantasía, como la del consumidor que acude al mercado para comprar el bien  $x$  al precio  $p$ . Son explicaciones estilizadas, abstractas, convincentes pero irreales –mitológicas–.

Veamos. Desde luego que existe ese momento individual, en que el ciudadano se encuentra materialmente solo tras la mampara, y marca su voto. Pero la participación, la formación de la voluntad colectiva, la representación, siguen otra pauta, necesitan otras mediaciones. Pongámoslo así: en el momento en que un individuo se encierra tras la mampara, se encierran con él sus padres, sus hijos, su familia política, sus vecinos, sus compañeros de trabajo, su jefe, el líder sindical, el agitador con el que está negociando la regularización de su terreno, y bastante otra gente más. Y por eso sabe cómo votar, y puede sentirse representado.

La distancia entre el ideal normativo de la ciudadanía, y la realidad del orden político no debería sorprender a nadie. La realidad será siempre más y menos, y otra cosa, diferente del modelo abstracto que empleamos para darle sentido, y eso no tiene nada de raro. El problema es que dondequiera que se deja ver la realidad concreta del orden político, nos resulta inaceptable: regalos, favores, acarreo más o menos abiertos, negociaciones, decisiones de voto colectivas, todo inaceptable. Y por eso la democracia nos parece deficiente. Las formulaciones más elaboradas apuntan a la cultura política, otras se limitan a señalar a caciques, acaparadores, mafiosos.

Bien: todo eso es verdad. Existen los caciques, los acarreo, y las prácticas adquieran sentido en una cultura que no es la del individualismo ingenuo. Pero no son deformaciones de la democracia, sino las formas concretas de su despliegue en México. Hemos resuelto, desde hace ya casi dos decenios, el problema de contar los votos, y proteger unos cuantos derechos políticos. No tiene sentido pretender que esa pequeña porción de nuestro aparato institucional pueda poner entre paréntesis todo el resto del orden social. Podemos acreditar la identidad de los ciudadanos, garantizar un padrón exacto, fiable, procurar mínimos de equidad en la competencia entre partidos, cierta moderación en la publicidad, y podemos organizar el funcionamiento de las casillas, y los votos se cuentan, y se suman. Nada de eso, ni todo ello junto, produce individuos autónomos, que respondan tan sólo a su interés individual, de manera transparente, responsable, informada. Nada de eso basta para borrar la estructura de nuestro orden político –ni habría por qué esperarlo–.

Todo lo anterior quiere decir que la contradicción es inevitable: nuestro orden político no es como nuestro ideal normativo supone que debería ser. Ni el nuestro ni el de ningún otro país del mundo, dicho sea de paso. Eso permite que desde la idea de la ciudadanía se critiquen prácticas, relaciones, jerarquías. Pero también pone en entredicho al orden institucional.

Vuelvo al tema, para tratar de orientar el argumento en otro sentido. En las lamentaciones por las deficiencias de nuestra democracia hay implícita la idea de un modo de votar: individualista, racional, autónomo, que cristaliza en lo que he

llamado la mística de la mampara, y hay también implícito un modelo de la ciudadanía, que siempre resulta excesivo, comparado con el comportamiento de la gente común. El resultado es que vemos clientelas y caciques, corporaciones, comunidades, formas colectivas de participación, y echamos de menos a los ciudadanos, individuos en grado heroico, y en general entendemos que se trata de un problema de cultura cívica, que habría que remediar con alguna forma de educación ciudadana.

No es nada nuevo. Nos hemos tropezado con el problema en los últimos quince o veinte años, pero siempre ha estado ahí. Desde el siglo XIX hay la tendencia a idealizar al ciudadano, como modelo cultural, a la par que se menosprecian las formas concretas de participación y de acción política de la sociedad mexicana. Seguramente no tiene remedio, porque no tenemos un idioma normativo en que pueda decirse eso otro. Pero conviene tener claro en qué consiste ese desfase.

Puesto en una nuez, mi argumento es como sigue. No hay una contradicción insalvable entre clientelismo y ciudadanía, porque puede haber formas colectivas de ejercer los derechos políticos, incluso esas formas colectivas pueden ser la única opción para ejercer derechos políticos. Pensar que sean siempre sistemas de subordinación es simplificar demasiado las cosas, innecesariamente. El ciudadano que actúa individualmente, amparado por la ley, para ejercer sus derechos y defender sus intereses es una posibilidad teórica que para la mayor parte de la sociedad mexicana resulta bastante remota. Y eso no significa que los votos sean irrelevantes, ni los mecanismos para garantizar la transparencia de los procesos electorales. Ni que sea irrelevante la mampara.

Si dejamos de lado, de momento, las consideraciones normativas, el problema básico en el funcionamiento de nuestra democracia no es que haya mediaciones para la formación de la voluntad colectiva. Esas mediaciones son las que hacen significativa la representación política en cualquier parte, más allá de la ilusión de la ciudadanía individualista. El problema es el deterioro, la fragmentación, el descrédito de las mediaciones –sea el SNTE, los gobernadores, los obispos, o los contrabandistas de drogas.

En un texto clásico Rafael Segovia comparaba a las corporaciones del PRI con plantas trepadoras que habían ido cubriendo el edificio del Estado, hasta formar una red tan estrecha, tan tupida, tan intensamente arraigada en los muros del edificio, que termina por ser la estructura misma de la construcción, de modo que arrancarlas significaría destruir el edificio. Creo que la imagen describe bien nuestro predicamento. En los últimos treinta años el país ha atravesado por una transición productiva que ha acentuado las desigualdades regionales, laborales, de ingresos, una transición institucional que ha producido un Estado mucho más rígido, más frágil, y finalmente más débil, y una transición política, que ha modificado las formas de representación y participación –ha dado un nuevo peso a la dimensión electoral, ha desautorizado otras–. A pesar de que queramos verlo con optimismo, como un tránsito hacia la modernidad o algo parecido, la verdad es que el proceso es todavía bastante confuso, y no está claro que haya un punto de llegada medianamente estable.

Para entender el funcionamiento de la democracia, lo que significan los votos, la capacidad que tienen los votos para originar gobiernos legítimos, firmes, tenemos

que preguntarnos por las mediaciones –las que materialmente producen la representación–. Y preguntarnos de qué manera se están reconstruyendo, o no. Y en qué medida pueden ser asimiladas por los procedimientos electorales, un hombre, un voto.

Más allá de la ideología, tras la mampara hay una multitud. La legitimidad de la democracia depende del orden, de la eficacia de esa multitud.